

## Ildefonso Falcones ante los estertores de la tauromaquia

*Rafael Yus Ramos*

Gabinete de Estudios de la Naturaleza de la Axarquía

La lectura del artículo *Cómo defender la tauromaquia con los argumentos de los animalistas*, publicado por el taurófilo periódico El País (8/4/2018), me ha suscitado toda una serie de reflexiones que me gustaría compartir. Debemos aclarar que lo que sigue no se escribe desde una posición “animalista”, pues ya hemos aclarado en otro artículo (que se puede descargar [aquí](#)) que somos **ecologistas**, no animalistas, aunque tenemos una clara oposición moral hacia el maltrato animal, especialmente el motivado por razones de entretenimiento, diversión o deporte, por lo que somos, decididamente, **antitaurinos**, como hemos mostrado en otros artículos en este mismo medio (que pueden descargarse [aquí](#)), y también rechazamos la caza entendida como diversión o “deporte”, aunque no la negamos por razones ecológicas, sanitarias, etc., de ahí una de nuestras discrepancias con las personas de sentimientos animalistas.

**Ildefonso Falcones de Sierra** es un conocido abogado y escritor catalán, que mucha gente recordará por ser el autor del best-seller *La Catedral del Mar* y que también se ha hecho famoso por su procesamiento judicial por defraudación fiscal, circunstancias ambas que aquí no vienen al caso, porque lo que nos ha llamado la atención es el contenido de su discurso, un pregón que solicitó la Real Maestranza de Caballería de Sevilla (“Donde nace la maestría”, según se autopregona), como acto de inicio de temporada para la plaza de toros de esta ciudad y preludio de la Feria de Abril. Es obvio que esta invitación se hizo con la seguridad y conocimiento de que el escritor es un firme defensor de la tradición tauromáquica, por lo que su discurso, a favor de esta tradición, confortó a todos los asistentes, últimamente algo atribulados por la fuerza del creciente movimiento social y político de signo animalista.



Ildefonso Falcone en el pregón de la Real Maestranza

Con todo el boato, pomposidad, barroquismo del acto, tan parecido al pregón de una cofradía, y muy cercano a las ceremonias de coronación de un rey o de consagración de un papa, el novelista comenzó su discurso, desde su atril, con el siguiente reto:

¿Es posible defender la fiesta de los toros más allá de su protección legal, de la tradición, la costumbre y la cultura? ¿Es posible hacerlo ante esta vorágine animalista que nos envuelve con el objetivo claro y, por encima de todo, declarado, de destruirnos como taurinos?

Recurso retórico que, obviamente, se contestó a sí mismo de forma afirmativa, pasando a continuación a intentar fundamentarlo. Utilizaremos párrafos de su discurso, resaltaremos alguna expresión y luego lo comentamos. Comenzaba diciendo:

Los movimientos animalistas ganan terreno; la liberación animal y el fin de su sufrimiento están

considerados como una de las causas que ocupará un lugar central en las reivindicaciones sociales del siglo XXI. Ese **enemigo** se muestra ante la sociedad como heredero de la causa antiesclavista, protector de la igualdad de la mujer y de los niños, y acérrimo adversario del machismo, que nace del maltrato al toro. Los animalistas no solo encarnan el bien común, sino que **se imputan la representación** de la mayoría social y, sentada esta premisa, **promueven el rencor** contra un colectivo que encuentra **arte y sentimiento** en las corridas de toros.

De acuerdo con la premisa (el animalismo es un movimiento social nuevo y creciente), lo que sigue es claramente un estereotipo cargado de prejuicios que hábilmente enfatiza para regalar los oídos, seguramente cargados con los mismos prejuicios, y de este modo ganar los primeros puntos de adhesión de un público, al parecer “muy necesitado” de estos ánimos. Pasando por alto el calificar de “enemigo” a los animalistas, como si de una guerra se tratara, la afirmación de que los animalistas se imputan la representación de la mayoría social es totalmente gratuito, nadie de esta ideología lo ha podido afirmar, pues tanto las encuestas como los resultados electorales del único partido animalista (PACMA) muestran claramente que, pese al *sorpaso* de las últimas elecciones, no deja de ser una fracción, aún pequeña, de la sociedad, pero, paradójicamente es objetivamente más amplia que la población aficionada a los toros, de la que todas las encuestas van dando porcentajes cada vez más bajos. Es gratuito también calificar de “rencoroso” a un colectivo que en sí es pacifista. Pero estamos de acuerdo en que el colectivo taurino encuentra “sentimiento” en las corridas de toros, pero aclaremos que es un sentimiento de “morbo” (el peligro, la sangre, el miedo a la muerte), frente a un sentimiento de “compasión” que muestran los animalistas. Es, ciertamente, una lucha de sentimientos lo que hay entre estos dos sectores, pero desde un punto de vista humano y moral, deberíamos preferir la compasión al morbo.

A continuación, el novelista se mete en el escabroso asunto de la moralidad y la legislación al uso sobre los derechos de los animales. Recordó que el artículo 13 del Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea, establece la necesidad de tener plenamente en cuenta las exigencias en materia de bienestar de los animales como “seres sensibles”, término que fue modificado en 1992, al atribuirse a los animales libertades básicas, hecho lo que les convertía en “seres sintientes”.

Sin duda es un **mal razonamiento**, pues la consideración de “seres sintientes”, que proviene de la corriente filosófica de Peter Singer, no se deriva de la Carta de los Derechos del Animal, aprobada por la ONU, sino que fue al contrario: a partir de estudios neurológicos, se constata que estos animales sienten como los humanos, sin duda no con la complejidad de los seres humanos, pero lo suficiente como para recabar para ellos una serie de derechos que cristalizaron en la mencionada Carta de los Derechos del Animal, documento que a su vez inspiró al Tratado de Funcionamiento de la Unión Europea.

Con la clara intención de ridiculizar estos planteamientos morales, que no cabe duda no comparte, parafraseó la Ley del Parlamento de Cataluña de 2010, por la que se prohibió los festejos taurinos, que decía: “El toro es un animal mamífero con un sistema nervioso muy próximo al de la especie humana, lo que significa que los humanos compartimos muchos aspectos de su sistema neurológico y emotivo”. A lo que comentó el pregonero:

Es una pena que mientras el Parlamento catalán acercaba tanto a toros y humanos se eligiese de forma popular al burro como animal representativo de Cataluña, evidentemente como parte de esa campaña institucional antitaurina y rechazo al símbolo nacional del toro. A saber qué aspectos compartimos los catalanes con el burro, un animal **tonto y sumiso** por definición. Son los propios animalistas los que en un alarde de fantasía y quimera en la que acostumbra a caer

todo movimiento populista y revolucionario, nos ofrecen los argumentos suficientes para defender, entiendo que con visos de éxito, los ataques a las corridas de toros. Asumamos que los toros bravos son seres sensible y sintientes, y como tales no solo tienen miedo, frío, placer, estrés, sino que **también tienen orgullo, dignidad, valor, espíritu de lucha, arrogancia**

Dejo a un lado el mal gusto de usar un animal para representar a una sociedad humana, sea un burro o un toro, me da igual. Las sociedades humanas están sobradamente representadas por los humanos que las componen, con sus luces y sus sombras. Pero aquí Ildefonso Falcone actúa con demagogia y razonamiento torticero, utilizando para ello razonamientos antropomorfistas: un animal no puede ser calificado con cualidades humanas, porque el ser humano es otro animal diferente. El burro no es tonto, ni sumiso, lo mismo que el toro no es orgulloso, digno, valiente, luchador y arrogante. Somos los seres humanos los que, hemos amoldado a estos animales, mediante conocidos sistemas de selección genética, a nuestro gusto y necesidades. Al macho de la especie *Bos taurus*, que llamamos “toro”, para diferenciarlo de la hembra “vaca”, es el resultado de una selección de aquellos machos más agresivos. Pero el que un animal sea agresivo no lo convierte en orgulloso, digno, valiente, luchador y arrogante, términos sólo aplicables a determinados ejemplares de la especie *Homo sapiens*. Pero claro, Falcone intenta hacer el siguiente silogismo: “si se considera que el toro tiene sentimientos como las personas, también tendrá estos atributos”. Un razonamiento que no se sostiene porque los sentimientos son cualidades primitivas, las tenemos todos los animales sintientes, mientras que esas cualidades que Falcone atribuye al toro sólo los tenemos las personas, y de ellas solo “algunas” personas.

Y lógicamente, coherentemente con estas cualidades atribuidas al toro, Falcone cae en la consabida concepción infantil del toro como supuesto gladiador que prefiere morir luchando en la plaza que vivir como un esclavo (o la versión de Dolores Ibárruri: “más vale vivir de pie que morir de rodillas”):

¿Cuál es la **preferencia** de un toro bravo: morir en un matadero como un manso o hacerlo peleando en la plaza... de la que algunos, los mejores, salen vivos?. Existen miles de recursos gráficos a través de los cuales podemos definir con exactitud cuáles son esos **intereses** y cuáles los verdaderos sentimientos del toro bravo; documentos que acreditan la bravura de estos animales, en contra del criterio de los animalistas que sostienen que el toro embiste en la plaza porque se le encierra y se le impide la huida.

Está claro que ser un buen novelista no es garantía para construir buenos razonamientos, sino que son más propios de un niño de cuatro años. ¿De verdad cree el Sr. Falcone que los toros tienen “preferencias”, que pueden ver dos opciones con antelación, una en la que mueren y otra en la que, demostrando su bravura, pueden ser indultados? Porque si lo cree, no merecería la pena seguir comentando este pésimo discurso. Por otra parte, el concepto de “bravura” no tiene desperdicio, porque según Falcone, la bravura no tiene nada que ver con la actitud de defensa y estrés del animal al verse acosado, es una cuestión de “dignidad”, “orgullo”, “valor”, etc. Claro que los recursos gráficos que alude son tramposos, porque en todos ellos el toro es acosado y estresado de mil maneras ¿haría lo mismo el pobre animal si se le dejara huir en una plaza supuestamente abierta? Si se le diera la opción de escapar, ¿no lo haría? Hay miles de recursos gráficos en los cuales se ve claramente que el verdadero interés del toro es salir de esa situación de peligro, como es natural, y como lo haría cualquier animal acosado, incluido el hombre. Pero lejos de pasar por alto este absurdo tema, vuelve a la carga con lo mismo:

Llamemos a los animalistas, a esos etólogos que hablan de una simple reacción defensiva, sentémoslos en un cine y proyectemos centenares de corridas en las que el toro, habiendo sido

picado una vez, habiendo luchado contra el caballo, embiste de nuevo, igual que hace cuando le citan con las banderillas y luego con la muleta. El toro bravo sigue **mostrando su raza** después de ser estoqueado, y algunos ejemplares **se niegan a doblar** en la arena y deciden **morir con grandeza**; rechazan el amparo de las tablas, olvidan las querencias y, heridos de muerte, caminan hacia los medios. Y allí, doblan y **mueren arrogantes** a la vista de todos, **reivindicando su casta**. Ese será el legado de un toro bravo que decide **morir con dignidad**, como ningún otro animal en el orbe lo hace”.

Frases que seguramente erizarán los pelos de emoción a los aficionados a la tauromaquia, frases que otros hemos escuchado, no sin sonrojo, a los comentaristas taurinos. Falcone utiliza los mismos recursos líricos, que pueden tener su valor literario (él como novelista lo domina), pero jamás de los jamases como argumento. Una lectura alternativa, menos antropomorfizada y menos idealizada que la que nos ofrece Falcone sería la siguiente: el toro, como cualquier otro animal, se defiende hasta morir, si no tiene el recurso universal (también para las personas) de huir de la fuente de peligro. Lo que Falcone ve como bravura “hasta la muerte” del animal es producto de este principio (el animal no puede huir) y el uso de un sistema de muerte que ya conocemos en los propios seres humanos: la **tortura**. El toro es torturado, y como buenos torturadores, si queremos que el espectáculo dure lo suficiente, le sometemos a una serie de agresiones, ninguna de las cuales es suficiente como para impedir al animal defenderse. De hecho, todo lo que se le hace al animal antes de alcanzar el momento de “entrar a matar”, no son más que un procedimiento calculado para ir debilitando progresivamente al animal. Un animal que al final no es más “bravo” que al principio, porque ha perdido mucha sangre, se le ha mareado, se le roto los músculos de la cerviz, de forma que estando ya prácticamente domado, amansado, es precisamente cuando se decide matar. Ningún matador de toros es capaz de “entrar a matar” en el primer acto, lo hace al final, cuando el animal es “menos bravo”. Así que no, señor Falcone su razonamiento es, de nuevo, falso e infantil.

Próximo a la conclusión de su desastroso discurso, aunque muy bien recibido por ese público necesitado de apoyos anti-animalistas, Falcone decía:

Si hablamos, pues, de derechos de los animales, es difícil negar el del toro bravo **reclamando su protagonismo** en la fiesta al mismo nivel que el hombre; y ahí es donde, tal y como pretenden los animalistas, podemos **igualar a animales y personas**, esos dos protagonistas que salen a jugarse la vida en una plaza de toros. ¿Acaso no es un comportamiento **propio de la especie** del toro bravo la de embestir, pelear y **morir con soberbia y valentía**?

De nuevo recurre a groseros antropomorfismos, porque hay que ser muy ingenuo para afirmar que el toro bravo “reclama protagonismo”, como lo haría una persona ¿de verdad cree que los toros tienen afán de protagonismo y además lo “reclaman”? ¿Cómo es posible que haya un ser humano, con un mínimo de formación (a Falcone se le supone, a juzgar por su buena escritura) que sostenga esta afirmación, que además lo hace en términos absolutos: “es difícil negar”. Por otra parte, conviene resaltar otro de los muchos errores que se cometen en la interpretación de concepto de “derecho de los animales”. Es preciso recordar que los derechos de los animales son pasivos, es decir, los humanos tenemos obligaciones hacia estos animales porque los reconocemos derechos, pero ni ellos nos lo van a exigir ni tampoco por tener esos derechos van a tener también obligaciones. En ese afán de igualar en derechos, pretende hacernos creer que en la plaza, un hombre y un toro “son iguales porque los dos se juegan la vida”, olvidando el hecho clamoroso de que en un 99,9% es el toro el que siempre muere, simplemente porque está luchando con desventaja: es un ser no racional, puro instinto, agredido, por otro ser que sí es racional, que conoce mejor que el toro cómo salir airoso de la contienda y que, además no lucha

solo, sino con todo un ejército: banderilleros, picadores, y torero, disponiendo de barreras para protegerse en caso de necesidad, y usando un ritual que el toro no conoce, porque si lo conociera, los toreros saben muy bien que no podrían torearlo “porque está maleado”, según dicen los expertos. Así que dejemos ya este tipo de discursos vergonzosos.

Finalmente, el repetidamente nombrado novelista extiende el discurso hacia derroteros insospechados del animalismo, ya sin vinculación alguna con la tauromaquia, pero que se resiste a usar por una especial inquina que se le adivina sobre estos grupos sociales. De este modo, arremete, como un “toro bravo”, como le gustaría decir él, contra los animalistas que, por lo que dice, todas son personas vegetarianas, mujeres o personas débiles, que luchan contra los partidarios de los toros, que según su estereotipo contrario, son personas machistas (o machos puestos a ello), fascistas y violentos. Es decir, enfrenta el estereotipo animalista con el estereotipo taurino, como dos extremos irreconciliables:

Y la muerte de los animales es algo que los grupos animalistas no tienen muy bien estudiado, de modo que este movimiento no solo nos quieren quitar la fiesta, sino que también nos quieren **negar un buen chuletón**, un solomillo o el pescaito frito. Y lucharán por ello, no les quepa duda, y eso es lo que nos espera. Y a aquel que se siente delante de una buena carne o un buen pescado lo tratarán de **machista** porque ha ejercido o, cuando menos, se aprovecha de la violencia sobre los animales, y eso conlleva violencia sobre las **mujeres, los niños y los débiles**, tanto más **machista** y **fascista** cuanto mayor sea la pieza que le sirven en el plato.

Es un estereotipo burdo, que indica que no conoce bien al movimiento animalista, concediéndole una pureza de planteamientos que no lo tiene ningún colectivo social. No hace falta ser mujer, débil, y vegetariana (o vegana) para ser antitaurino. Yo mismo soy un ejemplo, pero les puedo decir que somos muchísimos más. Hay más antitaurinos que antitaurinos animalistas, las encuestas lo atestiguan.

Finalmente, como colofón, Ildefonso Falcone, que ya había entrado en la *suerte de muletas*, entra a matar, la *suerte suprema*, la *estocada*, con esta frase:

El toro bravo está **destinado a luchar** o a ser **sacrificado**; nadie va a alimentarlo sin la contrapartida de un **rendimiento**. Nadie, ni los ganaderos, ni el Estado, ni los animalistas, ni los abolicionistas...”

Una frase que, aunque despertó el clamor y aplausos de ese público ansioso de un cicerone que les salve de la degradación moral que supone ser un torturador de animales por mera diversión, no tiene nada que ver con todo el discurso anterior, sino que, sorprendentemente, alcanza, por primera y última vez en su discurso, la auténtica verdad de toda esta fábula: el toro bravo, es un animal seleccionado por el hombre desde que se inventó la ganadería como forma de disponer de proteínas sin tener que ir a cazar, por lo que inicialmente sólo tenía por función producir carne, y en la hembra también leche, ahora es un producto seleccionado por la especie humana para divertirse, para crear un espectáculo circense al estilo de los circos romanos, que además de leones también usaban toros. Solo que desde aquella costumbre romana hasta la actualidad, ha llovido mucho, quiero pensar que hemos evolucionado moralmente, tenemos mejores sentimientos y mejores valores, y no solo las mujeres y las feministas, como afirma el novelista.



